

REPERTORIO AMERICANO

DECENARIO DE LOS INTERESES CONTINENTALES

GARCIA MONTE

Editor: J. GARCÍA MONGE.

LEGADO DE D. MANUEL GARCÍA BLANCO

VOL. II

SAN JOSÉ DE COSTA RICA, MARTES 30 DE AGOSTO DE 1921

Nº 30 1-329

Sobre el estilo de José Martí

4-329
POR MIGUEL DE UNAMUNO

[Con motivo de la edición costarricense de LA EDAD DE ORO, de Martí, nos ha parecido oportuno reproducir el artículo y la carta del muy ilustre D. Miguel de Unamuno, que luego se verán].

Salamanca, julio de 1919.

ECABA de publicarse el volumen XV de las obras de José Martí, el apóstol y mártir de la causa de la independencia y libertad de Cuba, su poeta también. Este volumen se titula «Cuba» y contiene cartas, discursos y artículos de Martí referentes a la insurrección cubana contra el dominio del gobierno del reino de España. Y dejando por ahora su contenido, del cual como de las doctrinas todas políticas y éticas de Martí queremos escribir con sosiego, vamos a decir algo del estilo, sobre todo del epistolar, de Martí, algo de Martí estilista. Estilista, ¿eh? y no hablista, que es muy otra cosa.

Y a propósito del tomo XV, que contiene los versos de Martí, y más bien de sus versos libres, endecasílabos todos ellos, escribimos algo que el editor de sus obras reproduce al principio de este volumen XV. Y como lo escribimos para el público cubano, queremos reproducir ahora aquí algo de ello.

Decíamos comentando los versos libres de Martí lo que sigue:

«En el ensayo que en sus «Familiar studies of men and books» dedicó Roberto Luis Stevenson a Walt Whitman, nos dice hablando del estilo de este formidable profeta de la democracia norteamericana: «Ha escogido un verso rudo, no rimado, lírico; a las veces tocado de un bello movimiento procesional; a menudo tan abrupto y descuidado, que sólo puede describirse diciendo que no se ha tomado la molestia de escribir prosas». Y este último concepto fué para mí una revelación. En efecto, si como algunos enseñan que ni lo orgánico

brotó de lo inorgánico ni esto es una reducción de aquello, si no ambas diferenciaciones de un estado primitivo de la montaña, estado inestable y caótico, es muy fácil que ni el verso sea una sistematización de cierta prosa ritmoide, ni la prosa una reducción del verso—pues hay quienes sostienen que el verso fué anterior a la prosa, porque a falta de escritura se fiaban mejor a la memoria con el ritmo las fábulas,



15.2/369 JOSÉ MARTÍ

consejas y leyendas—sino que prosa y verso sean diferenciaciones sistemáticas de una forma primitiva de expresión, protoplasmática por decirlo así. Es la forma que representan los salmos hebraicos, la de Walt Whitman y también la de los versos libres de Martí. No hay en ellos más freno que el ritmo del endecasílabo, el más suelto, el más libre, el más variado y proteico que hay en nuestra lengua. Y más que un freno, es una espuela ese ritmo; una espuela para un pensamiento ya de suyo desbocado».

Cuando escribimos estas líneas sobre los endecasílabos libres de Martí no conocíamos aún sus cartas, sus cartas escritas a vuela pluma, algunas en el campamento, en un estilo taquigráfico o telegráfico, de expresiones torturadas y obscuras, pero llenas de íntima poesía. Son cartas de poeta, no de orador, y a nuestro juicio y gusto, superiores a sus discursos. Porque en éstos el poeta intentaba hacer retórica, esto es, oratoria—que no es lirismo—y no le resultaba del todo. Es tan difícil que un gran poeta lírico sea gran orador como que un gran orador sea buen poeta. De nuestro Castelar—cuyas cartas acabamos de leer—no se sabe ni que intentara hacer versos. Sus metáforas son oratorias, retóricas, no poéticas. Y algo así podemos decir de Sarmiento, naturaleza de orador y no de poeta.

El estilo epistolar de Martí, en el que aparecen de cuando en cuando endecasílabos y octosílabos, es excesivamente elíptico, torturado, recortado y con frecuencia obscuro. A las veces recuerda al de Santa Teresa. Ni está siempre escrito en prosa sino en esa expresión informe, protoplasmática, que precedió a la prosa y al verso. Sus palabras parecen creaciones, actos. Están, desde luego, escritas en una lengua conversacional, pero de uno que habla mucho consigo mismo, son de estilo de monólogo ardoroso.

«Del exceso de trabajo apenas veo las letras con que le escribo—le escribe al general Antonio Maceo—y mi corazón está muy henchido para mostrárselo en palabras». Es decir, que de tan

apretadas en él ni podían salirle.

De sus «Versos sencillos», decía Martí que fueron como tropel de mariposas que en los días en que los escribió le andaban dando vueltas por la frente y añadía: «Fué como una visita de rayos de sol. Mas ¡ay! que luego que los vi puestos en papel, vi que la luz era ida!» Indudablemente la escritura perjudica a los versos y a las cartas de Martí. A aquel «hombre de verdad y sencillez y no un llena-páginas», como decía él de sí mismo, el papel le estorbaba. «El papel me estorba y quisiera hablarle, quisiera haberlo visto», le escribía a su amigo José D. Poyo. «Ni es más fácil que todo eso ser poeta a la vez en versos y obras», le escribía otra vez a Enrique José Varona y él, Martí, era poeta en versos y obras. Y en cartas. Y en otra carta a este mismo Varona cita unos versos de Miguel Angel, tan parecido en su poesía a Martí. La de uno y la de otro fueron poesías de escultor: la de Martí poesía de escultor de un pueblo.

Habla de continuo Martí en sus cartas de la prisa que tiene, de andar con alas. Devoraba la vida hasta que la vida le devoró. Y se ve que no releía sus cartas. Por lo que no parecen cartas escritas y ni aun habladas, sino mandadas. En cuanto quiere fundir varias oraciones en un párrafo articulado, de síntesis, de subordinación, oratoria, se enreda en aquellas sus proposiciones breves, elípticas y aforísticas, bíblicas, y la cosa le sale mal. Su estilo era un estilo profético, bíblico; hablaba mejor, mucho mejor como Isaías que como Cicerón. «Lo que se hace es lo que queda y no lo que se dice», decía, y su decir era sobre todo un hacer, sus palabras eran actos.

De aquí que la prosa epistolar de Martí, llena de hermosas frases poéticas, sea tan a menudo excesivamente obscura y hasta casi ininteligible. ¿Qué quiere decir, v. gr., esta frase: «Desde la cama, juntos?» Ni por el contexto de la carta se deduce. Otras veces inventa giros absurdos como éste: «y no les parece que haya elegancia mayor que la de beberle al extranjero los pantalones y las ideas». Hay que ver: ¡beber los pantalones! Otra carta empieza con este galimatías: «Amigo queridísimo: Sin brazo, del pulmón que no quiere servir. Hasta el sábado. Cuidado allá que se culebrea. Culebras de Cuba...» Y sigue por este mismo tenor.

Pero en cambio, ¡qué de expresiones felices! ¡Qué de frases en que según su propia expresión, se acuñaba al propio corazón y «sin miedo a lo dantesco»! Este «sin miedo a lo dantesco» pinta su estilo.

El lector nos va a permitir una pe-

queña antología de frases de Martí sacadas de sus cartas. Allá va: «Quisiera relámpagos a mi lado», «A la bilis habría que temer; pero ya tengo mi retorta en el corazón y allí endulzo lo amargo», «...le leyó la verdad de las entrañas...», no que le leyese la verdad en las entrañas, sino la verdad de ellas; «de juego con la sangre del país a la carta de la inmortalidad». frase ésta que hay que cotejar con aquella otra, también suya, de que en Cuba la milicia «no pone, como otras, la gloria militar por encima de la pa-

A. D. J. GARCÍA MONGE,
en San José de Costa Rica.

Le devuelvo adjunto, mi estimado señor, con el párrafo corregido. Acaso había incluido en él alguna otra cita, pero como no tengo aquí ahora a mano las Cartas de Martí—es decir, como no las he dado aún entrada en el índice de mi librería sertame menester una larga rebusca—como va queda con sentido. No consiste, además, el punto en multiplicar las citas sino en escogerlas bien y típicas. Gracias por la difusión que procura a mi escrito y ojalá ello contribuya a que se lea a Martí con devoción inteligente. A los que escribimos lengua hablada y dinámicamente, nos han hecho oscuros los academizantes, que escriben, y mecánicamente, lengua escrita. Y la oscuridad está en sus cabezas. Para que un cristal se haga espejo es menester que sea en sí, en su entraña, oscurísimo. En el mármol negro, no en el blanco, se ve uno. Y basta.

Le saluda desde Salamanca, a 25 de marzo de 1920.

MIGUEL DE UNAMUNO

tria». «Tiene una mano con alas». Aunque que para expresiones materializadas, es decir, poetizadas, no hay como aquélla en que decía: «Sentía como una piedad en mis manos cuando ayudaba a curar a los heridos...» «¡Que nos vean la vida!» exclamaba una vez. ¿Y esto que decía al contar cómo se encontraron con la guerrilla haracoana de Félix Ruenes: «Los ojos echaban luz y el corazón se les salía»? De una de sus cartas decía que «iba llena de raíz». Y así es, iban llenas de raíz, pero con poco, con muy poco follaje.

Y en su lacónica y aforística y taquigráfica brevedad, las frases de Martí suelen ser enfáticas, muy enfáticas, pero de un énfasis natural. «Los dedos se me quejan», dice al comenzar una carta a Serafín Bello y acaba diciéndole: «Sáquese una página del corazón. De-

mos de nuestra sangre, si sirve de riego». En otra carta al mismo: «Recogan almas». Y en otra: «¿qué no tiene después de ellos ponzoña, la villanía?» Con esto hay para un poema. Otra vez dice: «pondré actividad de loco en el empleo de mi razón», y es una de las más felices expresiones que hemos leído. Escribiendo a I. A. Lucena le dice conceptuosa y conceptísticamente: «Cada cubano que muere es un canto más: y cada cubano que vive debe ser un templo donde honrarlo: así mi corazón lleno de estas memorias, de manera que fuera de ellas no vive, y muere de ellas». Otra vez: «y aunque se echen a comerme las entrañas yo las sacaré triunfantes en el puño. Ya Ud. sabe cuáles son mis entrañas: la libertad de nuestro país». «Ando como sobre alas», escribe otra vez, «ando» y no «vuelo». «Las guerras van sobre caminos de papel», dice refiriéndose al poder de la prensa. Otras veces habla de «derramamientos de almas» o dice de uno que es «redondo de mente y de razón». «Ya llegaré a su hora a las puertas, con mi tierra en los brazos y le darán pan y vino». «Que si es noble decir la verdad, lo noble es decir la toda». «En la verdad hay que entrar con la camisa al codo, como entra en la res el carnicero». «¡Y cuidado, cubanos, que hay guantes tan bien imitados que no se diferencian de la mano natural!».

Una vez habla—esto en un discurso—de «un silencio que caía sobre los hombros como una investidura», y en el mismo discurso del «acero de que se fabrican a la vez las plumas y las espadas» y más adelante que «sólo desdeña a los demás quien en el conocimiento de sí halla razón para desdeñarse a sí propio».

Y este hombre—y «ser hombre, decía él, es, en la tierra, difícilísima y pocas veces lograda carrera»—ansiaba amar y ser amado. En sus cartas abundan frases como éstas: «¡quírame!» «gozo en quererlo»; «es un placer amar»; «no deje de amarme»; «dígame en seguida que me entiende y me quiere; aguardo con el corazón atravesado», y este hombre era, por lo tanto, fundamentalmente un pesimista. «Cuando se está dispuesto a morir se piensa poco en la muerte, ni en la propia ni en la ajena» decía el que murió por su patria, pero también dijo que padecer, «es lo mismo que vivir» que «a obrar bien y no a gozar hemos nacido» y que «hacer siempre es sufrir». No fué nunca un hombre sereno «una flor de mármol» como le llamaba a Varona, y en la hermosísima carta que escribió a su madre menos de dos meses antes de morir—murió el 19 de mayo de 1895,—le decía: «Usted se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; y

¿por qué nací de usted con una vida que ama el sacrificio?» y más adelante: «Ahora bendígame y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza». Y así fué y su muerte la de un mártir, es decir: de un testigo. Testigo, entre otras cosas, de la torpeza de los que le mataron cuando iba a hacer obra de paz, acaso a acabar la guerra como debió haberse acabado.

Pero no entremos en el fondo de las doctrinas y de la historia de Martí. Hemos tratado sólo estudiando su estilo de ver en él al poeta, al hombre de realidad y de amor, al que en fuerza de ardorosa pasión veía la realidad concreta y viva y era hombre de acción inmediata, como todo verdadero poeta lo es, al que pudo tomar por buena aquella su frase: «Con la realidad y por el cariño».

El estilo es el hombre, se ha dicho y como Martí era un hombre, todo un hombre, tenía un estilo, todo un estilo. Era un estilista; un escritor correcto, no! Si le coje por su cuenta el gramático y filólogo colombiano D. Rufino José Cuervo, cuyas doctísimas «Apun-taciones críticas sobre el language bogotano» hemos repasado estos días, si le coje una frase como ésta: «La caridad nos cierra los labios, y el aseo moral». ¿Qué es eso — diría — es la caridad lo que le cierra el aseo moral o es el aseo moral, con la caridad, los que le cierran los labios? Y a esa frase tan antigramatical precede este estu-pendo aforismo: «El infierno tiene derecho al cielo y los criminales a la redención». ¿Cuándo ha escrito una cosa así ningún castizo purista?

Volveremos a Martí. Y también a Cuervo.